

Pidamos a San Fernando que interceda por nosotros y nos ayude siempre.

Muchas gracias, Carmen; muchas gracias, queridos amigos.

DISCURSO DE ARMANDO MARCHANTE

Una vez más nos reunimos para celebrar la Festividad de San Fernando a cuya intercesión y ayuda nos venimos acogiendo año tras año. Conocemos perfectamente las excelsas virtudes del Santo rey que le llevaron a los altares y que han hecho de él un apoyo privilegiado para quienes nos preocupamos, como él hizo, por los derroteros que ha de seguir en España nuestra fe cristiana a través de los tiempos venideros. San Fernando reconquistó para la fe gran parte de nuestra Patria y para ello no sólo se valió de la espada sino preferentemente de su santidad de vida y de su preocupación por el mantenimiento en sus reinos de la Santa fe católica.

Han pasado muchos siglos y bueno será reflexionar aunque sea brevemente sobre la situación en que se encuentra nuestra fe católica en la España de hoy, en la sociedad en que vivimos. Para ello es conveniente desechar desde el principio dos posiciones que considero especialmente nocivas para nuestro objeto. Ya habréis comprendido que me refiero tanto a la posición que se puede definir como catastrofista como a un angélico optimismo que tanto daño ha hecho en otros tiempos.

Lo primero que debemos hacer es lanzar una mirada a nuestro alrededor y, sobre todo los que ya no somos jóvenes, comparar lo que oímos y vemos a diario en la vida religiosa, cultural, económica, política y social de nuestra nación con el recuerdo de la situación que existía en España hace ya varios lustros. Para que esta comparación sea adecuada hay que tener muy presente que las circunstancias han cambiado radicalmente y que estos cambios ni deben siempre interpretarse como retroceso ni se debe admitir que siempre constituyan un avance. Es evidente que vivimos en una España que ha sufrido una enorme transformación cuya primera consecuencia ha sido trastocar costumbres, actitudes y com-

portamientos; como digo, no siempre estos cambios han sido negativos pues evidentemente un mayor bienestar generalizado, unas mayores posibilidades para el acceso a la educación y a los llamados bienes culturales, la más amplia facilidad de comunicaciones y movimientos son cuestiones que de ninguna manera pueden considerarse negativas ni se les pueden atribuir los males que sufrimos. Se trata de un progreso material que puede acarrear más bienes que males si no se desvía en búsqueda de fines ciertamente poco acordes con la misma naturaleza humana.

Sin embargo, todos consideramos que el progreso material alcanzado tras grandes esfuerzos de muchos españoles, singularmente de quienes nos antecedieron, no ha sido seguido de una similar mejora en lo referente a la validez y arraigo en la vida social de nuestra Patria de las virtudes y principios cristianos —ahora sustituidos por lo que algunos llaman valores, seguramente para escindirlos de sus raíces cristianas— sin los cuales toda mejora material no sólo es utópica sino que puede convertirse en abominable.

No se trata, como decía al principio, de catastrofismo sino de una evaluación lo más objetiva posible de la situación en que estamos inmersos. A este respecto citaré —sólo como indicio, quede claro— una relativamente reciente encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas aparecida en enero del año pasado dedicada a estudiar la relación entre religión y sociedad en España. El primer dato interesante es que el 80% de los españoles se declara católico mientras que un 12% dicen no creer en religión alguna; paradójicamente resulta que dentro de ese citado 80% hay un 8% que tiene dificultades para creer en la existencia de Dios. A la vez, sólo un 25% afirma ser católico practicante. La primera conclusión es obvia: hay una parte de nuestros compatriotas que se declaran católicos sin pararse a pensar qué supone esta declaración de catolicismo.

Más grave resulta comprobar que el 70% de los españoles considera que en la dirección de su voto no deben influir las creencias religiosas de cada uno. Esto es síntoma evidente de que la persistente actuación de los poderosos medios de comunica-

ción social encaminada a separar los principios católicos de la vida social han logrado calar en la sociedad española. Así se explica que determinados políticos católicos no tengan empacho en introducir y aprobar leyes claramente opuestas a la enseñanza de la Iglesia, e incluso que pongan en cuestión concretas enseñanzas pontificias sin que les atribuyan ni siquiera un valor de orientación práctica.

Si nos referimos a la juventud española los datos no dejan de ser preocupantes. En una encuesta realizada por la Fundación de ayuda contra la drogadicción en 2002, hay datos referidos a los jóvenes de edades entre los 14 y los 20 años según los cuales sólo el 14,1% se declaran católicos practicantes mientras que el 54,8% son católicos no practicantes: es decir que frente al 80% de quienes se dicen católicos si se considera la totalidad de la población española, entre los jóvenes sólo se declaran católicos el 68,9%. Por otra parte, el 14,6% de ellos se declaran agnósticos, el 11,3% ateos, el 3,9% no se definen y, finalmente, el 1,3% dicen pertenecer a otras religiones.

Es decir que la práctica y el sentimiento religioso parece ser menor en la nueva generación que en la anterior, proceso éste que —aun considerando que las encuestas están sometidas a frecuentes errores— resulta corroborado por una observación atenta de las costumbres, entretenimientos, actuación diaria e incluso del lenguaje coloquial de gran parte de la juventud española.

Es cierto que no toda la sociedad española ni todos los jóvenes actúan y son así, y que existen amplios ejemplos de religiosidad y sentido cristiano pero bueno será tener en cuenta el campo en que nos movemos y el avance experimentado en nuestra Patria por la corriente secularizadora alimentada fuertemente por la inmensa mayoría de los medios de comunicación social y singularmente por todas las cadenas de televisión. Lo milagroso es que todavía haya reductos que resistan esta presión permanente y que podamos albergar la esperanza de que nada de cuanto vemos es irreversible y definitivo. Se está recogiendo la cosecha de cuanto se sembró en los años sesenta y setenta por una conspicua parte de la Iglesia española a cuyos mentores de aquellos tristes años no voy a citar porque están en el ánimo de todos.

¿Qué nos toca hacer a nosotros miembros de la Ciudad Católica? Lo primero es estar convencidos de que somos más necesarios que nunca, pues cuando se recoge una mala cosecha lo más adecuado y lo más necesario es volver a sembrar eligiendo muy bien el grano que se siembra para que quede libre de impurezas. Lo segundo es redoblar nuestros esfuerzos, esfuerzos difíciles, es cierto, pero que no admiten demora ni desaliento al pensar en los resultados obtenidos por quienes lanzaron la cizaña en lugar de la buena semilla. En todo caso, como me dijo una vez un excelente Obispo, "quien hace todo lo que puede no está obligado a más". Hagamos todo lo que está en nuestra mano, demos buen ejemplo y, sobre todo, pidamos la ayuda del Señor.

Recientemente ha visitado Madrid el Sumo Pontífice, quien hace ya muchos años dijo, y sigue repitiendo: "No tengáis miedo". Ahora, ante una gran concentración juvenil, que demuestra que no está perdida la batalla de la reevangelización de España, recordó que se puede ser moderno y profundamente fiel a Jesucristo. Esta es la clave y debe ser uno de los ejes de nuestra acción: las autodenominadas fuerzas del progreso o "progresistas" de toda laya llevan a los hombres y a la sociedad al más triste de los retrocesos históricos que hayamos conocido: a la situación que tenía el mundo antes de la venida de N. S. Jesucristo.

Mantengamos la esperanza pues las puertas del infierno no van a prevalecer. Debemos seguir sembrando la buena semilla procurando a la vez que caiga en el mejor terreno. La cosecha que se recoja acaso servirá para que, por mediación de San Fernando, Dios perdone nuestros desalientos y la tendencia a la comodidad y al menor esfuerzo que tanto abundan entre nosotros los católicos españoles.

Muchas gracias.